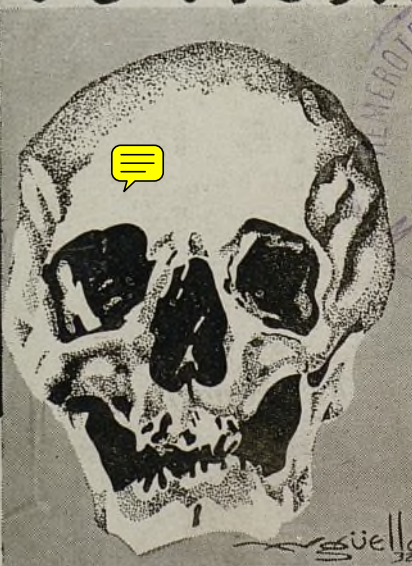




Augusto
Viveros



LA GUERRA QUE VIENE



25
C.F.



La novela
proletaria



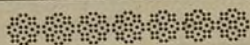
Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 21

LA GUERRA QUE VIENE

por

AUGUSTO VIVERO

Portada de Argüello



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBERTAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publicaciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno de éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

En LA NOVELA PROLETARIA colaboran todos los hombres revelantes de las izquierdas españolas. Es una siembra ideológica formidable, sin igual hasta ahora en España.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterio, de la clerecía y de los clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curas los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de Satanás.

VAN PUBLICADOS EN

«La Novela Proletaria»

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
- Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
- Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
- Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
- Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
- Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
- Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
- Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.
- Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
- Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
- Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jiménez.
- Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
- Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.
- Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.
- Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto Vivero.
- Núm. 18.—«¡Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.
- Núm. 19.—«Noche Roja», por R. Soriano.
- Núm. 20.—«El Compañero Confidente».

Ejemplar, ¡25 céntimos!

«Biblioteca de los sin Dios de Augusto Vivero, los siguientes:

- Núm. 1.—«Jesucristo, mala persona».
- 2: Las alegres abuelas de Jesucristo (denunciada).
- 3: La absurda virginidad de María (denunciada).
- 4: ¡Eso de las hostias!
- 5: La farsa de Cristo rey.
- 6: Los chirimbolos del altar.
- 7: La ignorancia de Jesucristo.
- 8: ¡Vaya un Cielo el de la Biblia!
- 9: Jesús, santifica el matrimonio civil.
- 10: El pobre Diablo, en ridículo.
- 11: Origen nefando de los conventos (denunciada).
- 12: Dios Padre, pedrusco.
- 13: Cristo no fué cristiano.
- 14: El Sacramento Vaginal.
- 15: Jesucristo homosexual.
- 16: El Santo revóltillo de la Misa.
- 19, «Adán, Eva y Compañía».

Ejemplar, ¡25 céntimos!

NUESTRA ODISEA EN VILLA CISNEROS

por TOMAS CANO RUIZ

prólogo de RAMON FRANCO

50 céntimos ejemplar.

Imp. Campos — Pedro Heredia, duplicado.—Madrid

La guerra que viene

I

La sesión tuvo comienzo con estas palabras del Presidente:

—Señores, no es hora de dichos, sino de hechos. Nos congregamos de manera reservada e importa que nos juramentemos para no revelar el porqué de nuestra junta.

Los poderosos financieros y sus consortes, los fabricantes de material de guerra, tendieron la mano en solemne juramento.

—Traigo confidencialmente una fausta nueva. Para bien de la patria, las industrias que aquí representan ustedes entrarán pronto en envidiable período de prosperidad. Señores, el Gobierno presiente que la honra nacional se halla en vísperas de padecer terrible ofensa. Un elementalísimo deber patriótico im-

pone al Gobierno procurar que la nación vaya a la lucha con el máximo de probabilidades de triunfo.

Aquellas aterradoras manifestaciones desencadenaron viva explosión de alegría.

Los grandes financieros—tiburones de la Economía—y los grandes proveedores del Ejército, de la Marina y de la Aviación—cuervos de la vitalidad común—evaluaban mentalmente, borrachos de gozo, sus enormes beneficios de futuros balances.

—¿Y será larga la guerra?—preguntó con angustia el delegado especial de la *Gases asfixiantes y productos incendiarios de Iliria, S.A.*

—De eso nos encargamos nosotros—respondió impasible el presidente de la asamblea, digno miembro del «*Trust Bancario Internacional*». Nuestros periódicos—que ya han sabido encender a Iliria en furia contra Francia, como en Francia saben provocar disturbios callejeros contra Iliria—; nuestros periódicos, digo, ya se cuidarán de impedir que un armisticio prematuro, mate nuestras legítimas esperanzas.

—Por lo menos, hasta que no esté resuelto el problema de los «Sin Trabajo», no debe concluir la guerra—indicó sagazmente el gordo y ensortijado caballero que representaba la *Sociedad Ilirica para reeducación de los Inválidos de la Guerra.*»

—¡Nos sobra más de un millón de hombres!—dijo con ademanes iracundos otro caballero, también panzón y ensortijado—. ¡Todas las acciones industriales bajan en los mercados del dinero! ¡Si no nos libramos nosotros de los hombres que estorban, ellos se librarán de nosotros!

—¡Calma, señores; calma!—predica el Presidente con la prudencia que le ha hecho infalible oráculo de los ministros.

—Todos los Gobiernos—añade—, aunque aseguren otra cosa, coinciden en que urge salvar el sistema capitalista. ¿Cómo hacerlo, cómo? La única solución estriba en eliminar el peligro que en todos los países constituyen los trabajadores sin trabajo. Es un criterio gubernamental que compartimos todos los «productores» en todos los países.

—¡Hay que salvar la patria—expone con energía la «*Manufactura Iliriense de Granadas Incendiarias*.»

El representante del «*Trust Bancario Internacional*» aplaude los patrióticos conceptos de sus afines.

—La gran Banca—revela—viene trabajando por hacer inevitable la redentora guerra universal, y que supere a la pasada. Nuestros asociados manipulan en todas las naciones, y poquísimas quedarán neutrales en la cercana contienda. Saben los Gobiernos que lanzar a segura muerte millones de hombres es la única posibilidad de orden que queda, solución triste desde cierto punto de vista, pero muy saludable desde otros. La Tierra se halla excesivamente poblada, y conviene reducir a justos límites la superpoblación. Se impone, pues, inexorable sangría.

—¡No queda otro remedio!—clamaron a una los «productores».

—Así—agrega el del «*Trust Bancario Internacional*—, nosotros, defiriendo a las indicaciones confidenciales del Gobierno de S. M., brindamos a ustedes el auxilio económico imprescindible para que sus

industrias puedan, tanto desde ahora, como al producirse el conflicto, atender los encargos que les hagan. Y advierto que en todos los países, nuestro «*Trust Bancario Internacional*» actúa como aquí. Importa mucho, pues, que no anden ustedes remisos ni que, por sugerencias pesimistas sobre la corta duración de la guerra, se queden cortos. Sería crimen de lesa patria. Porque la próxima contienda será la más destructora conocida por los mortales.

Como es lógico suponer, aquella sesión tuvo término entre ruidosas aclamaciones cívicas. Pero antes se votaron por unanimidad tres acuerdos:

1.º «Aceptar el tipo del 8 por 100 en los préstamos de índole reservada que ofrecía el «*Trust Bancario Internacional*».

2.º «Transmitir una felicitación vehemente a la Conferencia del Desarme por sus fructuosos esfuerzos relativos a la paz universal; y

3.º «Decuplicar sin demora la producción de materiales bélicos, así como atender (con un medio por mil de los próximos beneficios) la crisis económica que traería la conflagración sobre los grandes periódicos de Empresa.»

II

—¿No supones para qué te llama el Ministro?
—preguntó con inquietud Jeannete a su esposo, el
teniente de Marina Santipetri.

—No—repuso él, caviloso—. Pero temo algo desagradable.

—¿Por tus ideas? Porque ahora se debe mirar con malos ojos en las alturas a los pacifistas convencidos. Sin embargo, ¿no rige tu Ministerio un anti-guo militante socialista?

—Sí. Pero un socialista es una cosa, y un ministro socialista, otra. Los que han entrado en el Gobierno para defender la paz, son los que con mayor júbilo votaron los presupuestos extraordinarios militares y navales. Se trata—dicen—no de devorar, sino de no ser devorados.

—Tienes razón. Esa es la fórmula. Y recuerdo que en Francia, mi país, como en todas partes, los ministros que representaban a los proletarios fueron los sostenedores máximos de la guerra.

Tuvo un gesto de amargura el joven oficial.

—Sí—repuso—. Las dos grandes instituciones pa-

cifistas del mundo, fueron las más entusiastas impulsoras de la guerra. Los ministros representantes de los trabajadores, pisotearon la solidaridad internacional de los trabajadores. Y los que hicieron arengas marciales de sus sermones, también pisotearon en nombre de Cristo la solidaridad internacional de los hermanos en Cristo. ¡Mentira todo! ¡Todo farsa!... Pero, acaso no se busque aún obligarme a elegir entre mis deberes de hombre y mis deberes de enemigo de los hombres.

—¿Entonces?—inquirió ella, más y más preocupada.

—Como tú eres francesa...

—¿Y qué? ¡Supongo que no me creerán espía! —saltó Jeannete, indignada.

—Diariamente—habló ceñudo el esposo—se arroja de Iliria a compatriotas tuyos. El pretexto no importa. Basta que sean franceses.

—Di mejor, extranjeros—adujo con viveza la muchacha—. Se odia a los extranjeros como si el no haber nacido aquí, fuese crimen.

—La humanidad ha retrocedido a los peores tiempos de barbarie. La ferocidad bélica nos hace peores que la peor de las tribus, donde el derecho de hospitalidad es sagrado. Con decir «indeseable» a un hombre, ya no hay ley que le proteja. Ni los periódicos ni los políticos preguntan por qué se arroja del país al «indeseable». ¡Y he visto cada cuadro de desesperación! Una infamia. Familias que llevan aquí años y años viviendo de honradísima labor, son expulsadas como si se tratase de malhechores.

Y muchas veces es mayor la crueldad, porque se hunde al marido en un calabozo y se pone en la frontera a la mujer y a los hijos para que revienten de hambre... ¿Quién se indigna? Tu país, antorcha de la cultura, dió el ejemplo, Jeannete, cuando la otra guerra. La imitaron casi todas las naciones que se llaman cultas.

—No hay barbarie mayor que la refinada por la civilización—adujo pensativa la consorte—. Vé pronto; vé y dime lo que quiere tu Ministro. Hasta que vuelvas me matará el temor. Presiento para nosotros días muy tristes... muy tristes...

Y Jeannete, sollozando, se abrazó a su esposo.

Este, por no afligirla, se esforzó en quitarle aquellas inquietudes, que a él le llenaban el espíritu de irreprimible angustia.

En la calle, Santipetri se detuvo a leer la pizarra de un periódico:

«En Francia, son cada vez más violentas las manifestaciones populares contra Iliria, que en vano procura reprimir el Gobierno. Nuestro Presidente hace declaraciones pacifistas. Los ministros del Ejército y la Marina deciden introducir grandes reducciones en los próximos Presupuestos. Confidencialmente se ha rogado a los productores de material bélico que transformen parte de su industria, empleándola en artículos de paz que hoy importamos de países extranjeros.»

—¿Será verdad esta mentira?—dijo para sí Santipetri.

III

—Señor oficial, siéntese y oígame—habló el ministro, grasiento burgués elevado a personaje oficial combatiendo desde los escaños socialistas los presupuestos con que el temor a la guerra estrujaba en la paz a la nación.

—Ante todo—dijo tras ligera reflexión—, necesito su palabra de caballero tocante a no decir a nadie—¿oye usted? ¡a nadie!—una sola palabra de lo que hablemos.

—¿Ese «a nadie», tiene alguna intención particular, señor Ministro?—preguntó Santipetri frunciendo las cejas.

—Me ha entendido usted bien, señor oficial—repuso el ex marxista—. Por razones especiales debe asumir usted la ejecución de un servicio muy delicado y de suma trascendencia. Importa mucho que no se divulgue dando pie a suposiciones falsas.

—¿No lo debo decir ni aun a mi esposa?—inquire Santipetri con mal contenido enojo.

—Nadie. Secreto de Estado.

—Entonces, ruego al Sr. Ministro que acepte mi separación del servicio.

—Señor oficial, ¿y si la separación pudiera ser considerada como acto de cobardía?

Los dos hombres cruzaron sus miradas, semejantes a enemigos aceros.

—Recapacite, Sr. Santipetri—agregó el ex socialista—, que no es lícito, que es inaceptable, servir al Estado en tiempos bonancibles y acogerse a una cómoda separación cuando el Estado reclama una prueba de hombría patriótica. Imagine cuál será el juicio de sus compañeros, la repulsa de los periódicos, el desdén justificado de la opinión pública. Y, sobre todo, usted que se halla a punto de tener un hijo, medite qué mancha va a lanzar sobre su nombre.

Santipetri, acongojado, se limpió los goterones de frío sudor que perlaban sus sienes. De una parte le dictaba negarse la honda rebeldía de su espíritu, muy otro ahora de cuando le deslumbró el lucir del uniforme. Si él odiaba ya la guerra; si le parecía injusto y odioso legado de tiempos de salvajismo, ¿debía ir contra su propia conciencia lanzándose al desempeño de una comisión donde barruntaba confusamente algo infame? Pero, por otro lado, ¿no era la deshonra irse del servicio cuando en el ambiente pletórico de electricidad centelleaban relámpagos color de sangre?

El miedo a parecer cobarde—porque los hombres viven aún esclavos de la vinculación medioeval de la honra a la valentía—, hizo a Santipetri ser cobarde.

Contra todo cuanto llevaba prevenido en el pen-

samiento para cuando se le plantease aquel dilema, se asustó de que le creyeran asustadizo. Aterróse de la mancha indeleble que iba a echar sobre su hijo y que tan a punto evocó el tráfuga socialero. En fin, tuvo la cobardía de sacrificar sus ideales de hombre contemporáneo, al dogma, que con otros no menos bárbaros, nos impuso la salvaje Edad Media.

—Está bien—murmuró vencido, antes que convencido—. Mande V. E.

—Así lo esperaba, señor oficial—expresó friamente el orondo personaje administrativo—. Conozco sus convicciones pacifistas, muy divulgadas por sus libros, y pueden sernos preciosas. Por ellas, y ser usted francófilo entusiasta, le he designado para una comisión difícil que la patria exige.

—¿De ataque?—demandó inquieto Santipetri.

—¡Qué locura! ¡No faltaba más! Nuestra nación, que camina a la cabeza del progreso—por lo demás, como todas—, no padece delirios imperialistas. Sólo se trata de un «record» de velocidad en crucero submarino. Casi nada. Un corto y veloz viaje en el «Pax»—nombre simbólico—por los puertos militares del Mediterráneo. ¿Qué creía usted?

—Como V. E. me reclamaba sigilo... y como ahora menudean en Francia las manifestaciones contra nosotros...

—Lo del sigilo, para evitar comentarios prematuros y suspicaces. Y el que usted—esposo de una dama francesa y francófilo entusiasta—mande nuestro crucero submarino «Pax», débese a que al regreso conviene que toque en algunos puertos enemigos.

Bien... No enemigos; franceses. E importa evitar suspicacias, ¿estamos?

—Sí... sí...—respondió el teniente sin poder des-
echar íntimos recelos.

—He ahí la causa de que substituya usted a mi hi-
jo en el mando del «Pax». Mi hijo es un feroz na-
cionalista, y su presencia en un puerto francés...

—¿Cuándo he de partir, Sr. Ministro?

El hueco personaje consultó su relojín de pul-
sera.

—El «Pax»—dijo—está en la d'ársena, y a punto
de todo. ¿Cuánto tiempo necesita usted para despe-
dirse de su esposa y hallarse a bordo? ¿Le basta con
una hora?

—Ciertamente... sí... una hora—dijo Santipetri
de modo maquinal, mordido por la sorpresa que le
causaba semejante premura.

—Bien. Dentro de una hora asume usted el man-
do del crucero submarino. Allí recibirá instruccio-
nes precisas. Y en el acto, sin excusa ni pretexto,
tomará usted la derrota de la isla de Mallorca... o la
que indique mi orden.

Hizo un ademán, expresivo de haber terminado
la entrevista. El oficial, cuadrado, saludó conforme
a ordenanza, giró sobre los talones y salió del luj-
so gabinete ministerial.

—¡No decirlo a nadie!—pensaba en el auto que
le conducía velozmente a su vivienda—. Pero Jean-
nete es algo muy distinto a nadie.

Mas, ¡oh asombro! Jeannete no estaba. La criadi-
ta sólo pudo decir a Santipetri haber salido la se-

ñora después de una breve conversación por teléfono que la produjo gran inquietud. Cuando, casi una hora después, el oficial se dirigía celeroso al barco, tras inútil espera, Jeannete no estaba de regreso aún. Santipetri le dejó unas letras, nerviosas, convulsas, poco menos que indescifrables.

El «Pax» surcaba rauda la tranquila superficie del puerto. En la toldilla, Santipetri,, los ojos en la costa que fbase alejando con rapidez, espiaba con ansiedad vibrante la aparición de una silueta querida.

Borróse poco a poco en la lejanía el puerto, y aún Santipetri continuaba inmóvil, absorto en la contemplación estéril de la ciudad, que ponía un trazo negro sobre los cárdenos celajes de un crepúsculo de brasas.

¿Y Jeannete? ¿Qué misterio encerraba la misteriosa conversación telefónica?



Santipetri no supo nunca que Jeannete, amor de sus amores, había sido llamada con urgencia, en su nombre, al Ministerio. Ni tampoco supo que allí, durante dos horas infinitas, se la entretuvo diciéndole una vez y otra estar su esposo con el Ministro. Cuando éste se dignó recibirla—muy afable y palabrero—el «Pax» era tan sólo un hilillo de humo negro en el horizonte.

IV

¿Qué instrucciones contenía el sobre cerrado que Santipetri hubo de abrir en alta mar?

¿Por qué unas averías del «Pax» llevaronle a Marsella, donde su aparición fué acogida con hosquedad recelosa y hostil?

No se sabe. Y es harto posible que nunca se sepa. Que a la noche siguiente y decidida la entrada del «Pax» en dique, una explosión tremenda, levantando la terrible máquina destructora, la diseminó por los aires, en huracán de muerte, y convertida en lluvia de miembros rotos y pedazos de acero.

La horrenda catástrofe aniquiló a todos los tripulantes. En las embarcaciones surtas alrededor, la tempestad de trozos metálicos deshizo también otras muchas vidas inocentes.

Horas más tarde, hallaban las gentes, en un bote abandonado a merced del leve oleaje, un cuerpo roído por mutiladuras espantosas. Aquel hombre vivía, pero murió instantes después sin pronunciar palabra. Parecía rudo y de trabajo. Hallósele mugrienta cartera, preñada de billetes de Banco franceses. Ni un solo papel descubría su personalidad.

V

En Iliria produjo el suceso formidables explosiones de furor. La gran Prensa, comanditada por el «*Trust Bancario Internacional*» y por los fabricantes de pertrechos marciales, lanzó sobre Francia virulentas acusaciones. Y por espacio de algunas horas, y a impulso de las irascibles soflamas, enormes y frenéticas multitudes desfilaron en homenaje frente al humilde hogar de la viuda de Santipetri, el héroe inmolado por rencorosos enemigos de la prosperidad de Iliria.

Espesos cordones de tropas aislaron del clamoroso gentío la vivienda. Y la francesita infeliz—cuyos crispados puños semejaban amenazar con santa cólera a invisible personaje, gordinflón y siniestro—juntaba con la inmensa pesadumbre de su dicha rota inexorablemente, la horrible tortura del continuo clamoreo de la multitud contra Francia.

Desde un balcón de su despacho, el patriótico miembro del «*Trust Bancario Internacional*», sonreía mirando el hervir de la muchedumbre.

—¿Se convence usted?—dijo a su secretario—. To-

do varía en el mundo. Lo único que permanece invariable es el motor con que, desde que hay guerras, se conduce a los hombres por su propio impulso al matadero.

—Perdone usted—añadió sonriendo el secretario—. Alguna cosa tuvo mudanza. En lo antiguo los hombres se destruían por coger botín, y ahora se destruyen para producirles botín a ustedes.

—Beppo, es usted un mozo inteligente. Le duplico la paga.

En el Parlamento hubo sesión memorable. Los «leaders» de todos los partidos—algunos, a la vez, pingües accionistas de manufacturas bélicas—pactaron la Unión Sagrada en discursos magníficos, desenvueltos entre ovaciones asordantes. Y todos, uno por uno, reclamaron, en nombre de la opinión pública, que se diese a la viuda del héroe un título nobiliario en que el nombre de «Pax» estuviese incluido.

El Gobierno, acuciado para acudir sin blandenguerías a la defensa de la honra nacional, tuvo una tarde magna. Y sin excesos de oratoria. Para producir delirantes aclamaciones, para que los diputados llevaran en hombros a los ministros hasta sus galoneados carruajes, sólo hubo que noticiar al Parlamento haberse telegrafiado a Francia categórico «ultimatum». Si a las ocho de la noche no se había recibido la satisfacción adecuada, cinco minutos después iniciárase el movimiento de tropas. Y a las cuarenta y ocho horas quedaría terminada la movilización general.

Aquello acreció la bullanga en las calles. Dijérase haber recibido cada ciudadano la herencia de algún pariente remoto y superfluo. Manifestaciones cívicas—a veces con un 50 por 100 de alcohol en el civismo—bramaron su júbilo toda la tarde con algarrabía estruendosa. Mientras, la Muerte semejaba tender sobre las siempre infantiles muchedumbres la sombra glacial de millares y millares de cruces funerarias.

En cambio, todos los edificios oficiales, ostentosos con sus colgaduras de fiesta, lucían alegremente la enseña nacional.

Y la gran Prensa—comanditada por banqueros e industriales—echó a la calle sinfín de candentes extraordinarios. Allí todo eran cánticos al decoro nacional ofendido, a la independencia patria amenazada y al odioso imperialismo de los pueblos, que, en su afán guerrero, no vacilan ante los crímenes más execrables.

L.
Esta
emp
can
gue
rico
cho
vue
A
cos,
la t
se a
E
Sier
lad
gue
pro
De
rra
apo
los

VI

La guerra es el gran negocio del capitalismo. El Estado arroja el dinero a manos llenas. Llueven los empréstitos. La industria del crimen se harta fabricando costosos elementos asesinos. Y, en fin, tras la guerra, creadora por un lado de infinitad de nuevos ricos, las clases media y proletaria quedan por muchos años hundidas en un aniquilamiento que las vuelve poco peligrosas.

Además, durante no poco tiempo, legiones de mancos, de ciegos, de cojos, pregonan con su presencia la terrible potencialidad de los argumentos en que se apoya el Estado para su lucha contra el individuo.

Pero la guerra es también negocio para el Estado. Siempre, tras una contienda, existe un espíritu de ladronero. Toda la fraseología rimbombante de los guerrícolas oculta el ansia de rapiñar algo ajeno: provincias, colonias, millones, barcos, mercados, etc. De ahí la célebre frase de Lloyd George: «La guerra es una cosa demasiado seria para que quieran apoderarse de ella los militares.» Y por eso, porque los Estados van a lo suyo, aguzan previsoramente

los colmillos y, prodigando en público retóricas pacificistas, en secreto se adiestran para que su colmillada sea más honda y cruel que la del posible adversario.

Y aun, aun, procuran tener de su parte lo que en el «argot» del hampa se nombra «madrugar». El imperialismo japonés dió el ejemplo en la famosa batalla naval de Tushima.

Hoy ya no podría correr con probabilidades de éxito aquella patraña histórica que sitúa en la batalla de Fontenay el chusco: «Señores ingleses, tirad primero.» ¡Apañados están los guerrícolas para incurrir, aunque sea de mentirijillas, en semejantes sandeces!

He aquí por qué, antes de concluir el plazo que determinaba el «ultimatum» de Iliria...

VII

Sigilosamente, protegidos por las sombras de la noche, cien aviones gigantes lanzábanse al espacio desde sus misteriosas guaridas. Eran el orgullo del Marte ilírico. Sus motores, asordados por ingenioso procedimiento, daban a las aves de acero velocidad prodigiosa y muda. Sus hélices, al batir los aires dentro de un aparato especial, no producían ningún ruido. Los micrófonos más potentes eran incapaces de delatar la presencia de los mortíferos ingenios aun cuando pasasen a pocos metros de distancia.

¿Dónde iba la procesión de la Muerte? ¿Contra las fortificaciones—nidos de topos, erizados de ametralladoras—que se escondían junto a la frontera? ¿Contra la red de proyectores que hundían sus brazos de luz en las negruras de la noche como queriendo atenazar enemigos? ¿Contra las ocultas máquinas que, invisibles en la oscuridad, entrecruzaban en el espacio la red de sus eléctricos rayos, destructores de cuanto pretendiese cruzar la zona fulminada por las centellas sigilosas?

No. Los supremos ordenadores del horror belicoso ya no lanzan exclusivamente soldados contra soldados, cañones contra cañones, proyectiles contra proyectiles. La nueva y más infame guerra se dirige, por modo principal, contra los seres pacíficos, contra las poblaciones indefensas, contra las muchedumbres inermes.

Así, las escuadrillas, rodeando sobre una nación neutral, penetraron en Francia por el Sudeste. Allí se dividieron, según indicaban las órdenes recibidas.

Unos de los rapidísimos y silentes aparatos corrieron sobre los ríos, donde ciertas derramas de preparaciones bacteriológicas sembraron a granel gérmenes del cólera, de peste bubónica, de carbunco.

Otros aparatos, difundiéndose por el territorio francés en busca de las urbes industriales, consumaron en el silencio nocturno la espantosa infamia. Densa nube de gases asfixiantes, cayó sobre ellas, una por una. Y la muerte, callada, cautelosa, oprimió con sus dedos huesudos a millares y millares de familias, descuidadas en sus lechos. Niños, mujeres, ancianos, hombres en plenitud de vida e ilusiones, pasaron del ser al no ser, sin enterarse. Cuando luciera el sol, Francia resultaría un complejo de innumerables cementerios.

En el ínterin, trenes y más trenes militares volaban rumbo a la frontera, ahitos de carne de cañón. Ringlas interminables de autos dirigíanse vertiginosamente hacia el territorio fronterizo, donde los Estados Mayores prepararon a los hombres interminables galerías subterráneas en que vivirían, como

bestias, meses, semanas, años, hasta que la explosión de un proyectil de grueso calibre los arrojase, destrozados, al «spoliarium» militarista.

Pero ¡ay del tren, ay del automóvil que fuera visto por alguno de los aviones revolantes sobre vías férreas y caminos! Unas granadas poníanle al paso ahogadora cortina de gases, y a los pocos segundos, el largo convoy, el henchido automóvil, sólo llevaba en sus entrañas revuelto montón de cadáveres.

Toda la noche duró la matanza en carreteras y ferrovías. Y los trenes salvados de la asfixia, fueron a estrellarse, en su correr frenético, contra los trenes-tumba paralizados en la extensión de la campiña, o caídos, cual juguetes rotos, en curvas peligrosas.

Mientras, un centenar de silenciosos aviones precipitábase contra París como bandada de hambrientos buitres. París dormía. Y siguió durmiendo para siempre. Cada una de las aves de acero dejó caer sobre Lutecia su tonelada de bombas. Un manto de gas de veinte metros de altura anegó a la magna metrópoli, borrando la constelación de sus luces, extinguendo entre alaridos de angustia sus lujos y miserias, sus maravillas e indignidades, sus hombres de trabajos y sus hombres de presa.

La inmensa ciudad hundióse con tal rapidez en la nada, que no se empleó en el asesinato ni media hora. Casi tres millones de seres humanos sucumbieron sin posibilidad de defensa, y muchos, muchos, muchos, sin siquiera percatarse de la proximidad del peligro.

Una sola noche había aniquilado, en retorno feroz a la barbarie, siglos de civilización, de progreso, de cultura. Pero triunfaba la guerra. Triunfaba el espíritu ancestral que llevamos dentro y que sólo puede manifestarse con todo esplendor cuando el Estado nos dice: ¡Mata!

VIII

La patriótica sesión del Parlamento de Iliria produjo, según sabemos, extraordinarias explosiones de alegría callejera. Mas no acabó la cosa con el regocijo que comenzara.

Por la noche, miles de obreros iracundos irrumpieron de improviso, en el corazón de la ciudad, acuciados por rabiosa furia. Los domicilios de los mandarines políticos fueron asaltados. Y también las redacciones de los periódicos guerreristas. Y asimismo los Bancos financiadores del negocio castrense...

Ningún culpable huyó a las iras del pueblo, muy otro que aquél de las alharacas patrioteras. La vindicta pública castigó implacable a los deificadores del moderno Jehová de las batallas. Docenas de cuerpos, sangrientas piltrafas, empaparon con sangre humeante las espléndidas rúas aristocráticas.

Las tropas, sacadas con anhelante premura de los

cuarteles, volviéronse contra los que las querían lanzar sobre los amotinados. Roto el freno, minutos después la capital de Iliria quedaba en poder de los revoltosos.

Solamente, allá en el puerto, al abrigo de las redes que las resguardaban de súbitos ataques submarinos, las poderosas naves de guerra ilíricas quedaban fieles al Poder imperialista hundido. Las negras bocas de sus cañones asestábanse indecisas contra la ciudad revolucionada. Y era presumible que, con los albores del día, un diluvio de acero aniquilase con fría precisión matemática los barrios donde los revoltosos erguían triunfadores sus rojas banderas.

De pronto, uno de los hidroaviones que, silenciosamente patrullaban en alta mar, ardió con vivísima llamarada. ¿Un ataque del enemigo? ¿El rayo que proyectaban a muchos kilómetros de sí los ingenieros franceses? Todos los reflectores marinos agolparon con angustia sus haces de luz al horizonte. Y se vió avanzar una línea de puntitos negros, abierta en enorme arco de círculo.

Todas las bandadas de hidroaviones ilíricos recibieron orden de lanzarse al encuentro de los contrarios. Precipitáronse furiosos contra la inquietante amenaza de la aviación enemiga. Pero, a poco, vióseles arder como teas, deshacerse casi a un tiempo con bronca explosión, y desmenuzarse en ardientes pavesas.

Un terror inmenso, indescriptible, apoderóse de la marinería en las unidades de la flota. Ciegas, alo-

cadass, aulladoras, arrojáronse al agua las tripulaciones, procurando con febril esfuerzo ganar la orilla, medrosas del espeluznante peligro que les llegaba con los apenas visibles aeroplanos franceses.

¡ Estéril impulso del instinto de conservación ! Antes de que lograran llegar a tierra, y sin que los orgullosos acorazados de tremebundos cañones pudieran constituir peligro para las escuadrillas aéreas contrarias, el invisible rayo hirió a las pesadas moles. Fué un estampido infernal, inimaginable. Juntas volaron las santabárbaras de todos los buques de la escuadra, rasgando la noche con inaudito surtidor de llamas. Y, trocándose en brulote al reventar su depósito de explosivos, cada barco lanzó en infernal diluvio de fragmentos toda su balumba de acorazadas piezas. La horrible tromba deshizo, pulverizó barrios enteros, convirtiéndolos en montones de sangrientas ruinas. Y una ola formidable, de magnitud descomunal, invadió la urbe arrastrando entre sus espumosos torbellinos millares de viviendas y millares de personas.

Sobre la espantosa tragedia volaron las escuadrillas aéreas de Francia. Los hombres del aire, que en la paz habrían arriesgado la existencia por salvar otra existencia, fueron impiadosos ahora. ¿ Puede haber compasión en la guerra ? ¿ No se apresura el advenimiento de la paz asesinando el mayor número de semejantes que se pueda ?

Entre los restos de la ciudad cayeron las bombas de «ignidor», cuyos gases tóxicos se incendiaban rápidamente al contacto del aire. Y pronto fué la glo-

riosa metrópoli colosal hoguera, lumbrarada gigante donde sucumbían carbonizados quienes no murieron de manera instantánea con los pulmones deshechos por el gas corrosivo.

Tras el alud primero de aeroplanos franceses, adentrose por Iliria otro. Y otro después. Y después otro.

La catastrófica proyección de sus continuas formidables descargas eléctricas—con electricidad proveniente de la atmósfera—señalaba su avance con hórrida serie de voladuras. Todos los polvorines, todos los repuestos de cartuchería, todos los cargamentos de proyectiles explosivos, saltaban al anegarlos aquel sinfín de violentísimas centellas. Saltaban, en un radio de muchos kilómetros, antes de que los pudiesen defender con un solo disparo las ametralladoras y cañones antiaéreos.

Tocante a las fuerzas de Infantería, ni un solo soldado logró valerse del fusil contra los intangibles agresores; los cartuchos reventaban en las cartucheras, destrozando a los que las llevaban.

Aquellos aviones silenciosos, en cuya eficacia puso Iliria toda su fe, cayeron lo mismo que grandes mariposas abrasadas. Y el espantoso enemigo, tranquila, imperturbablemente, fué asfixiando y en seguida incendiando los humildes burgos, los centros de productividad fabril, las populosas aglomeraciones ciudadanas...

Completó el viento el estrago con empujar las espesas olas de gases malditos, que barrieron hasta las apariencias de vida en la vastedad del antes geór-

gico terruño. Racimos de personas, alcanzados por las crueles humaredas en su alocada fuga, o al guarecerse como alimañas en cuevas, túneles y pozos, ardieron con humosa lumbre cuando aún no se había extinguido en sus cuerpos el calor vital. Y en zonas inmensas de Iliria no quedó vivo ni un ser humano, ni un ave, ni un animal de los auxiliares del hombre...

La nación — humo, llamas, osamentas renegridas de seres y edificios—se había desplomado en la quietud monstruosa de un aniquilamiento definitivo...

IX

Francia—lo que al segundo día quedaba de la heredera militar de Prusia—, cantó victoria entre sus difuntas ciudades, entre sus infinitas legiones de muertos.

Su potente máquina militar—la primerísima de Europa—conservaba mucho de su vigoroso potencialismo, aún herida en los órganos vitales. Y aquella máquina militar sólo tenía frente a sí como enemigo una nación-cadáver, que casi desde los primeros terrones de su solar anunciábase por una red de trincheras, despanzurradas merced a la explosión de sus proyectiles mismos, y convertidas en oscuro enterramiento—en vida—de los batallones destinados por los imperialistas ilíricos a señorear en horas el imperialismo francés.

Empero, ¿quién movería, quién animaría los batallones franceses para, en su punto y hora, lanzarlos

a la toma de posesión del devastado territorio enemigo? ¡Bah! Un proverbio antiguo dice: «Encended la guerra, que ella se alimentará sola.»

Efectivamente, del hormiguero marcial soterrado en las lindes de Iliria, salió una voz de mando. La sombra de un kepis dictadoresco tendióse violenta sobre la desolación de Francia, cuyo ambiente se llenó de tintineo de espuelas y órdenes a son de clarín. Francia tenía un amo, por aquello de «La patria está en peligro y yo asumo el deber de salvarla.» Debajo del kepis dictatorial y sobre la hoja de un sable, detonó un nombre: Ceferino Napoleón. Y un úkase: ¡Guerra!

Hubo algunas rebeldías individuales y por ende algunos fusilamientos. Y a diario, entre redoblar de tambores, patrullas armadas leían a las tropas unos papeles conminatorios: «Yo, el Emperador de los franceses...»

X

Mas el nuevo Napoleón no tuvo coyuntura servible para enalbardar mucho tiempo a las supervivencias de la República, ni adueñarse de Iliria.

Los gérmenes sembrados en los ríos por los aviadores de Iliria, opusieron su dictadura insaciable y voraz a la del héroe todavía inédito. El cólera, la peste bubónica, el carbunco, corrieron por las semidesiertas campiñas, asaltaron los caseríos, precipitáronse contra los hormigueros humanos de las trincheras. Y ya no hubo Napoleón, ni ansias de con-

quista, ni aun arrestos para esperar la muerte a pie firme. Una desbandada general derramó hacia las fronteras de los países neutrales desmoralizadas hordas de fugitivos, y el propio Napoleón, alzándose con los fondos de las tropas que mandaba, huyó en aeroplano camino de Grecia.

Tantos eran los huidizos, tal su ímpetu medroso, que no bastó para contenerlos en las fronteras neutrales el cordón sanitario. Sobrevinieron choques rudísimos, y al fin, en defensa de la salud pública, todos aquellos países rechazaron a tiro limpio los grupos de gentes sucias y exhaustas que pretendían violar las fronteras.

Las ametralladoras crepitaban sin cesar contra los míseros rebaños humanos. Y cada noche, hogueras formidables calcinaban a los muertos de cada día.

Pero, ¿qué pueden las ametralladoras, ni qué los cordones sanitarios contra los invisibles germenés que cabalgan en el viento, que toman por habitación furtivos roedores y diminutos parásitos?

El cólera saltó las fronteras, y con él la peste bubónica y el carbunco. Las muchedumbres pobladoras de los barrios míseros en las grandes ciudades, fueron segadas sin piedad por la Muerte. Y en todas las naciones europeas; después en las de Asia y África, y a seguida en las de América y Oceanía, la Pálida se cebó implacable, guadañando en los hacinaamientos de familias pobres y llevándose de camino miles y miles de potentados.

Cuando la Ciencia pudo maniatar a la Muerte, ya saciada, el estrago había sido espantoso en el mundo

entero. De ahí que la Humanidad, puesta en pie, iracunda, levantara terrible clamoreo contra el guerrismo, autor del criminal azote.

¿Podía consentirse que la civilización y el hombre siguiesen a merced de concupiscencias imperia- listas, de apetitos financieros, de manipulaciones inherentes a los industriales guerrícolas?

Las grandes potencias, a impulsos del horrorizado clamoreo universal, tomaron la iniciativa de reunirse a escape.

Reuniéronse, con exclusión de las potencias de segundo y tercer orden. Y entre discursos de maravillosa elocuencia, determinaron que se reuniese la Conferencia del Desarme para, constituida meses después, preparar el cuestionario de asuntos sometibles a examen en la primera reunión y que, con el tiempo, serían sometidos al parecer de las diversas Cancillerías.

El amor a la paz, siempre vivo en las grandes potencias, les impuso tomar algunas determinaciones imprescindibles para bien del mundo.

Fué la primera, repartirse de modo equitativo los territorios metropolitanos de Francia e Iliria.

La segunda, confiar a Inglaterra un mandato para la administración de las colonias pertenecientes a uno y otro países beligerantes.

La tercera, prohibir que Francia e Iliria tuviesen jamás ejército y flota de guerra.

La cuarta, disponer que Francia e Iliria pagasen, cuando pudieran, los gastos de ocupación militar que ocasionase unirlos a Inglaterra y Alemania.

La quinta, no reconocer la dinastía de Juan XXV, impuesta en Francia por un pequeño grupo de bandoleros mandado por un antiguo «sargent de la Ville», ni reconocer tampoco al emperador Patricio I, ex contrabandista, que desde las montañas declarábase dueño y señor de los supervivientes de Iliria.

Por último, a fin de que no fuesen pararía platonica los acuerdos relativos a Juan XXV y a Patricio I, se determinó que tropas británicas y de la Reichswer invadiesen a Francia e Iliria para exterminar a los mencionados bandidos con sus seguidores, y que la escuadra británica y sus fusileros tomasen posesión inmediata de los puertos franceses e ilíricos.

Así acaeció. Tras unos cuantos meses de guerra de guerrillas, en que los seguidores de Juan XXV y de Patricio I, mataron unos millares de ingleses y teutones, ambos cabecillas fueron ahorcados solemnemente como enemigos de la paz universal.

Y Alemania e Inglaterra oyeron a sus gobernantes, al discutirse los primeros Presupuestos: «Señores diputados, los nuevos aumentos que en Guerra y Marina solicitamos de vosotros, no responden a criminales ansias imperialistas; nos los impone de modo rotundo el honrosísimo mandato que nos confió Europa en defensa del espíritu pacifista de la Humanidad contra el espíritu de rapiña de algunos pueblos...»

Augusto Vivero

V,
an-
Vi-
I,
rá-
.
la-
Pa-
de
ara
se-
ros
ses

rra
KV
ses
m-

an-
io-
rra
a
de
on-
la
gu-

UN MAL TRAGO
PARA LA

la formación

El Ayuntamiento de Madrid

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios

El Ayuntamiento de Madrid
El Sr. D. Juan de los Rios

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios
El Ayuntamiento de Madrid
El Sr. D. Juan de los Rios

El Ayuntamiento de Madrid
El Sr. D. Juan de los Rios

Ayuntamiento de Madrid

Decreto del 30 por 100

Polica

¡UN MAL TRAGO

PARA LA CLERIGALLA!

La formidable

“Biblioteca de los Sin Dios”

terror de cavernícolas, publica en su próximo número

Pilato, echa las muelas

demoladora crítica del cuento de la Pasión de Jesucristo.

Después de leerla, nadie, ni aun los más pazguatos, creará en el tosco invento de los evangelistas.

EJEMPLAR, 25 CENTIMOS


“Ediciones Libertad.”
ROMA 41 MADRID

Descuento del 30 por 100 en los pedidos a reembolso.